

La corrupción de la mirada: Una reflexión sobre el condicionamiento del espectador audiovisual, por Aurelio del Portillo (babab.com nº 0)

"Pensé que Argos y yo participábamos de universos distintos; pensé que nuestras percepciones eran iguales, pero que Argos las combinaba de otra manera y construía con ellas otros objetos; pensé que acaso no había objetos para él, sino un vertiginoso y continuo juego de impresiones brevísimas"

. J.L. Borges: *El Aleph*

Cuando el ojo de Polifemo se abre y el monstruo mira, las islas y las olas se aparecen como formas bidimensionales, como luz en la pared, un mundo plano en el interior de una mente torturada. Ulises, para salvarse, le deja ciego. El cíclope sueña ahora sobre negro, en un silencio visual absoluto. Así han aprendido a soñar también los ingenios e ingenieros polifémicos que registran, según nos hemos acostumbrado a creer, el espacio y el tiempo. Hemos fabricado monstruos domésticos que nos ayudan en la tarea de extraer y preservar del discurso de la temporalidad algunos retazos de luces y formas a los que otorgamos sentido y realidad para no sentirnos tan solos.

Al cerrar los ojos podemos volver la atención hacia la caverna de la mente donde se proyectan las únicas luces que en realidad poseemos (o nos poseen): la danza de la energía, la conciencia. El universo se expande y multiplica para luego buscarse y reencontrarse sin dejar nunca, en realidad, de ser uno. Todo ocurre, se explica o despliega en el interior. Bradbury decía que pisaba una mina al levantarse y pasaba el resto del día recogiendo los pedazos. Y que esa mina era él mismo. En lo más profundo de la mente infinitas minas por explotar, explotando ya, nos esperan en la falacia del tiempo.

Al abrir los ojos parece estallar un espectáculo exterior, ajeno, que nos hipnotiza y absorbe. Cuidado. No es más que la metralla de nuestra propia explosión hecha de luz. De nuevo un juego inocente de la energía, la Danza de Shiva, el universo uno. ¿Estamos despiertos?

Jiddu Krishnamurti habló siempre de la extraordinaria energía de que disponemos en la atención lúcida, en el estar plenamente atentos, y de que esa energía de la atención es, precisamente, la libertad. Claro está que no podemos llamar atención lúcida, sino más bien lo contrario, al insistente parloteo de la mente que antes de ver ya está juzgando lo que va a ver porque, si no, se siente morir, cree desaparecer ante lo nuevo, lo no adquirido previamente en la experiencia y entregado, sin más, a nuestra autoritaria matrona: la memoria. Nos identificamos tanto con ese pensar y juzgar que somos incapaces de ver sin el filtro del pasado. No es cuestión ya de cerrar ni de abrir los ojos (o el único ojo artificial de ese moderno polifemo que, como herencia vertiginosa de la pintura, permite ahora rodar, grabar y proyectar nuestra fantasía). Es un modo cristalizado de ser.

¿Por qué la fotografía? ¿Por qué la cinematografía? Hacemos construcciones mecánicas para engañarnos lo más posible y hacer objetos palpables y, a veces, hermosos de nuestros mecanismos de relación, de la percepción y de la literatura, de la música y del sueño. Como en el relato de Borges cada espectador es autor de las muy diferentes lecturas de los también diferentes textos. Puedo enseñarle a algún compañero de sudor en el metro la foto de mi pareja, de mi hijo o de aquel atardecer en el Nilo. ¡Qué guapo!, ¿verdad? Él buscaría en su 'disco duro' algo que valorar. Si lo encuentra podemos hablar, incluso, de algo tan sutil como la belleza. Y si no, volvemos a mirar hacia ningún lado desconcertados, solos. Una vez conocido el mecanismo del invento, cuando ya no sorprende, dejamos olvidada la fascinación en ese conocimiento adquirido y no vemos ya la vida real que tienen algunos nobles intentos de reproducir, de recrear la belleza. La de la luz y la forma e, incluso, la de algún pensamiento bello, lúcido, libre, generoso. Detrás de todo esto, no debemos olvidarlo, está el hacer y el vivir de personas como usted y como yo. No importa tanto la distancia geográfica, cultural, histórica o lingüística. Hay un vivir, más bien un vivenciar, como decía Ortega, que es patrimonio común de la humanidad. Parece, sin embargo, que sólo lo excitante, el estímulo creciente, aún nos atrae la atención por unos momentos excepcionales para luego, de nuevo, volver a mirar a ningún lado envueltos en la niebla de los juicios y prejuicios, recuerdos y anticipaciones desatados.

Desde cualquier lugar y situación podemos quedar en silencio ante las imágenes de la vida y sabernos ser la misma vida. También podemos imponer nuestros hábitos de juicio y razón y ser entonces dos, dentro y fuera, cerca y lejos, yo y lo otro. Y, lo más habitual, puede que no nos fijemos en la vida, sino ya sólo en nuestro propio pensar, en nuestro ruido mental. "La música de la vida corre el riesgo de perderse en la música de la voz", como dijo Mahatma Gandhi. Nada de esto ha sido remediado por una pintura rupestre ni por una película, aunque sea de Walt Disney. Mucho menos por la foto de aquello que nos importó en algún momento. Y es que ni siquiera es ya aquel momento y la importancia se quedó flotando en el tiempo. Ver, oír y callar hasta haber descubierto el sentido real de cada retazo de vida que se nos presente, de cada sombra en el fondo de la caverna. Si nos erguimos y gesticulamos sólo veremos proyectada nuestra propia sombra y eso ha de resultar, cuando menos, muy aburrido.

Parece que al llenar una sala de cine estamos realizando un 'frente común' ante la pantalla en la que parpadearán con cierta rapidez unas luces para que nos creamos el amanecer creativo de una representación inteligente de algo vivo. Nada más lejos de la realidad. Compartimos, eso sí, el puro engaño, la ilusión de la tecnología y de la magia. Gastamos cientos de millones en hacer más creíble esa fantasmagoría en sus aspectos más físicos y superficiales (a excepción de alguno de los que empiezan y de otros que quieren liberarse de la industria y de la maquinaria y experimentan con un cierto halo de intelectualidad, y también de ironía, como el "Dogma" de Trier y Vinterberg). También ocurre que el puro asunto de percibir lugares y personajes es una actividad más del pensamiento. Como afirmó Rudolph Arnheim, en la más pura línea de pensamiento de la *Gestalt*, de la psicología de la forma, "el espacio no lo vemos, lo pensamos". Pero es que, además, esa situación de estar, con palomitas o sin ellas, entregados en la butaca a la hipnosis del cinematógrafo, abunda en hacer más evidente la pérdida del espectador en su propia caverna de prejuicios, bloqueos y condicionamientos de todas clases. Pongo un ejemplo:

Al terminar la proyección de "Breaking the waves", de Lars von Trier, mi amiga y yo llorábamos en un intento de desahogo por el mucho sufrimiento acumulado. Nos poníamos torpemente los abrigos mientras sorbíamos por la nariz entre sollozos y silencios. En el pasillo alguien comentó "vaya coñazo". Está claro que no sufrimos todos por las mismas cosas y, por lo tanto, tampoco disfrutamos por igual. Ni falta que hace. Pero es importante darse cuenta de ello, de la sombra que hacemos ante la proyección, de lo ciegos, en realidad, que nos estamos quedando. Esto es, por supuesto aplicable a ideas, estilos, personajes, temas, culturas, ritmos, etc.

Observen ustedes a su alrededor. Y también dentro. No hace falta ir al cine para mirar y darse cuenta de que nos vamos solidificando en un aferramiento atroz a patrones y prejuicios y que todo ello nos aísla, limita y deteriora. Que ya casi no sabemos ver sino sólo corroborar lo que hemos aprendido. ¿Pero qué sería de nosotros, y de la sociedad, las costumbres, la cultura, la tradición, la educación,...?, podríamos preguntarnos. Y digo yo que todo eso no son más que armas y caparazones para eludir nuestro miedo. Y mire cada quién el suyo propio por si acaso puede comprenderlo. No explicárselo o justificarlo, estamos diciendo comprenderlo. De estar "atentamente lúcidos" surge la comprensión, que no es un acto intelectual sino un acto de amor, el movimiento natural de esa energía consciente que somos, de ese universo que se expande y se reencuentra como en una serena e infinita respiración.

Ver y comprender no implica juzgar. Abrir hasta que se evapore la maquinaria cerebral, y silenciar así las pretensiones, nos permite crecer por dentro y por fuera al mismo tiempo. No es cuestión de tolerar, que implica simplemente sufrir, soportar, disimular. Hablamos de limpiar la mirada, de escuchar de verdad para reconocer lo verdadero, de no comprar al por mayor cualquier estupidez de segunda mano. Ese mirar inocente que, sin necesidad de saberlo, ama la creación en todas sus dimensiones, aspectos y posibilidades es la única lectura real. Si un actor miente, lo ve. Si una historia está vacía, o la luz es falsa, o el monstruo Polifemo está enfermo porque se ha prostituido, gira hacia otro lado y no aplaude ni se mofa. Calla y sigue. Otras veces se extasia y sonríe imperceptiblemente, como un niño que sueña. Porque ha descubierto algo, y se ha descubierto. Eso es auténtico, no es un pensar ni depende de los adjetivos de un crítico en periódicos de gran tirada, capaz, por cierto, de poner por las nubes a un colega aunque la película esté toda ella fabricada con despojos, concesiones, falsedades y rayas de coca.

Es ya una evidencia que no nos va muy bien, que tanta mente pensante se está cargando todo aliento y pulso de la creatividad que es también signo de vida. Y no me refiero sólo a dirigentes políticos, religiosos, educativos y otras enfermedades sociales. Se trata aquí de que nos miremos todos a nosotros mismos, que nada de lo que ocurre nos es ajeno. Nadie parece respetar más lo respetable por más normas, leyes, opiniones y artificios que inventemos. El problema está más acá. Es un descubrimiento interior (de descubrir, de quitar y eliminar algo que tapa, oculta y oscurece). Quizás participemos de universos distintos, pero la sinceridad y la sencillez es sólo una. Da igual realizar la representación a un lado u otro del ojo-Polifemo. Hagámoslo bien, con honradez y vitalidad, sin mucho calcular, directamente.

Por no estar atentos y lúcidos, libres, algo estamos matando y algo nos estamos perdiendo.